

El coro de los niños no nacidos

El coro de los niños no nacidos se dispone en una enorme línea recta, que va desde la salvaje tierra hasta las aladas puertas del cielo, las cuales están custodiadas por el Apóstol Pedro. San Pedro, a cada niño no nacido, lo bautiza con una concha que vierte agua del río Jordán sobre el neófito. Acto seguido, la joven vida, nunca nacida del vientre de su madre porque fue aniquilada y expulsada de él, entra en el cielo con una enorme sonrisa, pues Dios le ha dado su cuerpo glorioso, el que es de un año y nueve meses, con el que poder expresarse. Y así, los niños no nacidos forman un círculo en el Limbo, en torno a una enorme tarta de cumpleaños, que serafines van repartíendola al enorme número de vidas sesgadas por la tierra. De esta forma, no es raro ver a muchos de los niños con sus naricitas manchadas de merengue. Y después, el círculo, tras el festín, se vuelve a dibujar de nuevo, con las criaturas predispuestas a cantar bellas canciones del amor de Dios. Es entonces cuando en el Limbo, ya desde la eternidad, se oyen unas voces angelicales, la de estos niños, que con sus sayas blancas, contrastan con el color rojo del río salvaje, por el cual fluye sangre a borbotones, la sangre de sus vidas mártires, que se derrama sobre la tierra.